



Manifiesto



Toda una vida escuchando el mundo

Hay quien mide el tiempo en años. Yo lo mido en ondas.

Desde 1981 llevo con las manos metidas en el sonido: en las mesas de mezclas de la radio, en los silencios que cuentan tanto como las palabras, en ese instante mágico en que una historia deja de ser guion y se convierte en algo que alguien, en algún lugar, escucha con los ojos cerrados. Empecé en una radio que era otra, en un mundo que era otro, y sin embargo el impulso que me llevó hasta el primer micrófono es exactamente el mismo que me sigue levantando cada mañana: la certeza de que el sonido puede emocionar, transformar y unir a la gente de una forma que ningún otro lenguaje consigue del todo.

Cuando en 2008 el podcast empezaba a dar sus primeros pasos, no lo viví como una ruptura con la radio, sino como una prolongación natural de la misma pasión. Cambiaban las antenas por los servidores, el directo por la escucha bajo demanda, pero seguía siendo, en el fondo, la misma artesanía: construir universos sonoros que llegaran a alguien y le dijeran algo. Fui de los primeros en creer que ahí había un futuro, y hoy, con la perspectiva de los años, siento una alegría muy honda al ver que aquella intuición se convirtió en un medio con

voz propia, en el que sigo experimentando, aprendiendo y, sobre todo, contando historias.

Entre medias, hubo un descubrimiento que cambió mi manera de entender esta profesión: enseñar es también una forma de seguir escuchando. Llevar mi experiencia a las aulas, a los talleres, a los seminarios y masterclasses en España, en distintos países de Europa y en tantos rincones de América Latina, me ha regalado algo que ningún premio puede dar: ver crecer a otras voces, acompañar a quienes hoy están descubriendo lo que yo descubrí hace más de cuatro décadas, y comprobar que la comunicación sonora en español e iberoamericana tiene un futuro enorme por delante. Cada alumno que hoy diseña sus propios paisajes sonoros, cada proyecto que nace de un taller o de una conversación después de clase, es también, en parte, un poco mío. Y eso, con los años, pesa más que cualquier trofeo.

Y, sin embargo, no puedo ni quiero restarle importancia a los reconocimientos que han ido marcando el camino. El Premio Ondas a la Innovación Radiofónica en 2012 sigue siendo uno de los momentos que más orgullo me produce recordar, no solo por lo que significa ese galardón dentro de la radio en español, sino por todo el equipo y el esfuerzo colectivo que hay detrás. A él se sumaron el Premio AERO a la innovación radiofónica, el reconocimiento en los BBC Audiodrama Awards, y en el UK Radiodrama Festival de Canterbury, la presencia en el Prix Europa y en la Bienal de Radio en México, los Premios MEDEA de la Comisión Europea, y las finalistas en certámenes tan exigentes como el Prix Nova de Radio Rumanía o el Prix Marulić de Radio Croacia. Cada uno de esos nombres representa noches de trabajo, ideas que no salieron a la primera, y la obstinación de seguir

intentándolo hasta encontrar el sonido exacto que una historia necesitaba.

Mirando hacia atrás, no veo una carrera en el sentido frío de la palabra. Veo una vida entera dedicada a algo que empezó como una vocación adolescente y que nunca dejó de sorprenderme. Veo radios que ya no existen y podcasts que aún no habían nacido cuando yo empecé. Veo aulas llenas en Zaragoza, en Sevilla, en México, en Argentina, en Colombia, en Rumania y en tantos otros lugares donde la palabra "radio" se pronuncia con el mismo cariño que aquí. Veo premios que agradezco de corazón, pero que solo cobran sentido cuando pienso en las personas (oyentes, alumnos, compañeros de proyecto) que los hicieron posibles.

Más de cuatro décadas después de aquel primer contacto con un micrófono, sigo creyendo lo mismo que creía entonces: que el sonido, bien contado, puede llegar donde no llega nada más.

Y mientras tenga algo que decir (o algo que enseñar a decir) seguiré aquí, con los oídos bien abiertos, escuchando el mundo.

Abrazos en las orejas,

Chuse Fernandez